

FLORIAN OLIVER

EL ADULTO



LIBRO II.º DE LECTURA

30.628

Dupl.

FLORIÁN OLIVER

EL ADULTO

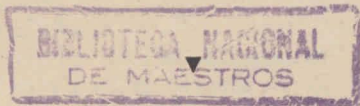
SERIE DE TEXTOS DE LECTURA PARA LAS
ESCUELAS DE ADULTOS



▼ ▼

*C. R. de E.
Exp: 2420/B/935*

LIBRO II°



INDUSTRIA ARGENTINA

1934

—
RODOLFO ISELY

Río Bamba 761 - Buenos Aires

129x243

FRANCIS OLIVER

EL ADULTO

Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.

Libro II

INDICE

	<u>Página</u>
Ejercitación preliminar	9
La escuela de adultos	15
Bernardino Rivadavia	17
Siesta	18
Máximas de Benjamín Franklin	19
El desfile	20
El halcón y el gallo	21
Las bellas artes	22
Romance de ausencias	23
La solidaridad	25
La mano del hombre	27
La primera escuadrilla argentina	28
Guillermo Brown	30
Las industrias	32
Derechos civiles	34
Derechos civiles de los extranjeros	35
El 25 de mayo en la escuela	36
El alcoholismo	38
Los grandes benefactores	39
Creación de la bandera argentina	41
Belgrano	43
El ahorro	45
Las sociedades cooperativas	46
El manantial	47
Consejos a los lectores	49
Obligación de todo ciudadano	51
Las elecciones	52

Himno nacional	54
El caballo asustadizo	55
Ofrenda a la patria	57
El hombre	58
Quien debe, paga	60
Los tres amigos	61
El árabe hambriento	62
Dos fábulas de Esopo	63
¡Sí, mi maestro!	65
Pensamientos	67
Las dos espigas de trigo	68
El lobo y el murciélago	70
La energía y el valor	71
Inmigración	73
El enrolamiento	74
A mi bandera	75
El servicio militar	76
Máximas y refranes	78
Padre e hijo	79
La turquita	82
Los horneros	84
Una biblioteca	86
Carta	89
La Vida	91
Las comunicaciones	93
Diez cosas excelentes	96
I. — Los gatitos en la escuela	97
II. — Las opiniones del gallo	99
Juan y Pedro	101
El molinero, su hijo y el borrico	103
El trabajo es riqueza	106
El trabajo	108
Estudia	109

ADVERTENCIA

La enseñanza de la lectura en las escuelas de adultos se realiza utilizando los textos escritos exclusivamente para niños. El vocabulario empleado, la simplicidad de los conceptos y el procedimiento seguido— demasiado analítico— no se ajustan a la mentalidad de los adultos. Existe, pues, un vacío en la enseñanza de la lectura en esas escuelas: a llenarlos aspiran los textos — 1o. 2o. y 3o. — titulados "EL ADULTO"

EL ADULTO

LIBRO IIº

EL ADULTO

LIBRO II

Ejercitación preliminar

r - pera - estero - perezoso - espíritu - oruga
r - **R** - rata - ruta - **Robert**o - remo - **Ricardo**

rr - tarro - arrugado - arrima - arrullo - jarro
nr - enramada - Enrique - enrolamiento -
Conrado - sonrisa.

ll - llanura - callejón - botellita - lluvia, tallo
y - yeso - arroyo - ayuno - **Yago** - Goyito

h - hora - ahora - hilo - deshacer - deshilar.
ch - choza - pechera - muchacho - **chicharra** -
chuchucho.

x - Máximo - máxima - excelente
éxito - maxilar - Maximiliano.
exhibición - examen - excepción
auxiliar.

ga-go-gu - gato gorra - aguja.
ge - gi - general - gitano.
gue-gui - guerrero - guitarra.
güe-güi - pingüino - vergüenza.

ca-co-cu - cabo - coraza - cuchillo.
ce-ci - cebolla - cimientó.

Diptongos - aire - **Aurora** - polaina - Paula -
boina - peine - Pereira - Moreira -
infancia - escuela - pieza - Rosario
sueño - Eugenio - farmacia.

María - país - maíz - armería - gentío
Saúl - Raúl - baúl

actor - adquirir - aptitud - atmósfera -
observar.

granito - globo - trabajo - Atlántico -
precio - pluma - frazada - fleco -
brazo - blusa - cráneo - clavo - dromedario.

constitución - inscripto - conscripto -
instante - conspirar - conscripción
transportar - prescribir - construcción.

Adjetivación

Arbol frondoso —
hombre grande — grande hombre
alumno excelente —
ciudad populosa —
niño caritativo —
mujer instruída —
joven elegante —
hombre pobre — ¡pobre hombre!
paisaje bello —
panorama lindo —
espectáculo sublime —
libro voluminoso —
periódico noticioso —
soldado valiente —
terreno fértil —
tierra estéril —
escritor talentoso —
acción heroica —

hierro candente —
amor filial —
mendigo harapiento —
tez bronceada —
estatua magnífica —
río caudaloso —
semblante risueño —
cielo límpido —
día brumoso —
mar inmenso —
carácter irascible —
cabellera blonda —
jardín florido —
manos hábiles —
obrero infatigable —
corazón noble —
cascada estrepitosa —
carrera vertiginosa —
persona culta —
hora exacta —

Signos de puntuación

I

- Es la hora de almorzar, Antonio.
- Aquel hombre, llamado Juan José, es muy trabajador.
- Pienso leer todo este libro, aunque para ello sacrifique algunas horas destinadas al descanso.
- Nuestros convecinos Octavio, Valentín, Segundo y Nicolás, están sirviendo como conscriptos en la Armada Nacional.

II

- El trabajo dignifica la vida; el ocio la envilece.
- Los ciudadanos están obligados a votar; los demás habitantes no tienen ese deber.
- Las faenas del campo me agradan; pero, a veces me desaniman las plagas que azotan los sembrados y desearía vivir en una ciudad.

III

Las estaciones del año son: primavera, verano, otoño e invierno.

—Las provincias litorales son cuatro, a saber: Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos.

—Querido hermano:

—Estimado amigo:

Distinguido señor:

IV

—¿Qué hora es?

—¿Qué día es hoy? Lunes o martes?

—¿Porqué lee tan de prisa? No observa que hay varios signos de puntuación?

—¿Cuántos alumnos están en el aula?
¿cuántos faltaron?, ¿está de nuevo ausente Rogelio Morales?

V

¡Qué hermoso día!

—¡Usted falta a la verdad! me dijo ayer con cierta ira el maestro... ¡Y tenía razón!

La escuela de adultos

Enrique vino al país como inmigrante, siendo ya hombre. No trajo más capital que su voluntad para el trabajo. Aquí, como todos los que son honrados y laboriosos, pronto encontró ocupación. Y como era ahorrativo y ordenado en su vida, consiguió al cabo de poco tiempo tener unos pesos y con ellos puso un pequeño comercio.

La fortuna le favorecía; con trato amable se conquistó buena clientela y su negocio crecía constantemente.

Pero no podía manejarse solo; necesitaba de otra persona que hiciese lo que él no sabía hacer. Y comprendió que por esa causa no prosperaría lo bastante. Enrique era analfabeto.

Una noche pasó frente a un gran edificio, en el que había un escudo nacional. Vió salir

a numerosos hombres, y movido por la curiosidad, preguntó a uno de ellos qué edificio era ese.

—Una escuela para adultos, — le respondió.

—¡Una escuela! se dijo y se aproximó a conversar con un señor — el director, según supo después.

Al día siguiente Enrique se sentaba en una primera sección de esa escuela. Puso todo su empeño en aprender; no faltó ni llegó tarde un solo día, y al finalizar el año se vanagloriaba de no necesitar ya de nadie para que le hiciera las facturas y las cuentas de su negocio.

Fué un gran propagandista de la escuela de adultos y también un argentino de corazón.

Este país me ha dado todo, decía con frecuencia: trabajo, dinero y saber.

Más vale aprender tarde, que ignorar siempre.

Bernardino Rivadavia

UN GRAN ARGENTINO

Bernardino Rivadavia fué un ciudadano de clara inteligencia y acertado juicio. Espíritu progresista, fué quizás superior a la época en que vivió, y por eso muchas de sus iniciativas, mal comprendidas por sus contemporáneos, se malograron.

Tomó parte en las invasiones inglesas y en la revolución de Mayo. Fué ministro, y durante su ministerio organizó la administración nacional e hizo dictar la Ley del Olvido, perdonando a todos los enemigos políticos. Hizo publicar una revista, creó una sociedad literaria y una academia de dibujo y pintura. Para ayudar a los hacendados, creó el Banco de Descuentos, que es el actual Banco de la Provincia. Fundó, además, la Escuela de Medicina y la Sociedad de Beneficencia y habilitó el cementerio de la Recoleta, donde hoy descansan sus restos.

Siesta

La chicharra en el parral
su rauda matraca toca
acompañando a la loca
flauta que toca el zorzal.

El sol quema a la enramada
de chilca reseca y dura,
mientras la acequia murmura
su eterna y simple tonada.

Y bajo un chañar que ostenta
sus huevecillos de oro,
parlotea un viejo loro
en la tarde soñolienta.

Alfredo R. Bufano.

Máximas de Benjamín Franklin

El hambre llega a la puerta del trabajador, pero no entra.

Tres mudanzas equivalen a un incendio.

Lo que tengas en tu casa no lo busques en la del vecino.

Si amas la vida, no pierdas el tiempo.

La pereza todo lo hace difícil; la diligencia todo lo hace fácil.

Si quieres ser rico, piensa tanto en economizar como en ganar.

El que compra lo que no necesita, acaba por vender lo necesario.

El deudor es esclavo del acreedor.

Emplea bien tu tiempo si quieres tener descanso.

El desfile

Tuve la suerte de conseguir en la Avenida de Mayo una buena ubicación.

Deseaba ver desfilar el ejército y la marina; pero, más que todo, saludar a la bandera de mi regimiento. Pertenezco a él durante un año, por eso lo llamo mi regimiento, como han de llamarle todos los que fueron mis camaradas.

Pasaban los soldados con paso vigoroso, alentados por el aplauso de un público inmenso; las bandas hacían estremecer de entusiasmo con la marcha Ituzaingó. Distinguí a lo lejos al jefe de mi regimiento y mi entusiasmo no tuvo límites. Desfilaron los muchachos con una corrección impecable; las manos me dolían de aplaudir y mi garganta estaba seca de gritar ¡viva! ¡vivaaaa!

Enmudecí de pronto y mi diestra estrujó en el aire mi sombrero. ¡Pasaba la bandera de mi regimiento!

El halcón y el gallo

Un halcón familiarizóse tanto con su amo, que apenas le llamaba éste cuando el animal estaba sobre él.

El gallo, por el contrario, huía de su dueño, gritando cuando se le acercaba.

Díjole un día el halcón:

—Vosotros los gallos no sois agradecidos; pertenecéis a una raza servil; no os acercáis a vuestros amos sino impelidos por el hambre. ¡Qué distintos de nosotros, pájaros salvajes! Somos fuertes, nuestro vuelo es más rápido que el vuestro, y sin embargo no huimos de los hombres; por el contrario, nos posamos en sus manos cuando nos hablan, siempre que nos acordamos de que les debemos nuestros alimentos.

El gallo respondió:

—No huís de los hombres porque nunca habéis visto un halcón asado, mientras que nosotros a diario vemos un gallo al horno.

Las Bellas Artes

En Grecia y en la Roma antigua representaban a las bellas artes como mujeres. Las llamaban “musas” y eran las que inspiraban a los artistas.

El hombre sintió la necesidad de hablar con belleza, y creó la poesía; quiso imitar los ruidos de la naturaleza, y nació la música. Más tarde quiso representar su propia forma, y creó la escultura. Después, para honrar a sus dioses y a sus reyes, levantó templos y palacios, y así se desarrolló la arquitectura. Y para satisfacer, por fin, el deseo de fijar los hermosos paisajes que admiraba, inventó la pintura.

Las bellas artes pueden representarse como cinco hermosas mujeres, que anduvieran por el mundo derramando belleza e ilusión.

Romance de ausencias

Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

He visto árboles gloriosos
en otras tierras lejanas,
pero ninguno tan bello
como esos de mi montaña.

Mística unción del recuerdo
que me estremeces el alma,
trayéndome desde lejos,
como en sutil brisa alada,
un arrullar de palomas
cuando el crepúsculo avanza;
un aroma de poleos
cuando el viento se levanta;
y en el silencio nocturno
un triste son de vidalas.

Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia.

Ricardo Rojas.

La solidaridad

El hombre solo, es un ser indefenso, que se halla a merced de todo y de todos. Unido a otros hombres, forma una sociedad, es una fuerza que puede luchar contra la naturaleza entera.

Cuéntase que una vez todos los órganos del cuerpo humano se enojaron con el estómago, diciéndole que era un perezoso, que tomaba para sí todas las recompensas y las satisfacciones de la vida, dejando para los otros todo el trabajo.

El estómago no protestó por la injusticia, pero dejó de trabajar, para demostrar a sus compañeros la utilidad de su función.

El primer día, todos los órganos continuaron su tarea, pero pronto comprendieron que iban perdiendo las fuerzas. El corazón apenas latía, el riñón filtraba mal, los pulmones respiraban con dificultad, las venas y las arterias ya no tenían sangre y el cerebro se debilitaba cada vez más.

Todos los órganos se alarmaron y preguntaron qué sucedía. El cerebro hizo saber que el estómago los había abandonado.

Todos, entonces, ante el temor de la muerte cercana, imploraron al estómago que volviera a solidarizarse con ellos. Y cuando así lo hizo, y todos reunidos reanudaron su trabajo, el cuerpo desfallecido recobró su vigor.

La mano del hombre

El mejor instrumento de trabajo que posee y ha poseído el hombre, es la mano.

Por ella el ser humano ha podido utilizar su inteligencia, cultivarla y elevarse sobre todos los animales de la creación, hasta llegar a dominarlos.

En los primeros tiempos de la vida de la humanidad, la mano sirvió de martillo, de hacha, de tenaza, de pinza, de aguja y de tijera. Más tarde, esa misma mano aprendió a manejar esos instrumentos, modeló el barro, tejió las telas y manejó las armas con las cuales el hombre se defendió de las fieras y de los enemigos.

El que tiene oficio, tiene beneficio.

La primera escuadrilla argentina

La Primera Junta creó una escuadrilla para disputar a la escuadra española el dominio de los ríos. Armó tres naves bautizándolas con estos nombres: Invencible, América y 25 de Mayo. Confió el mando de esta pequeña fuerza naval a Juan Bautista Azopardo.

Azopardo remontó el Paraná y fué alcanzado en San Nicolás por la escuadra enemiga, constituida por cuatro buques de guerra, tripulados por expertos marinos.

El 2 de marzo de 1811 se libró la primera batalla naval, con resultado desfavorable para nuestras armas. Sólo hizo frente a la lucha la nave Invencible en la que se hallaba Azopardo. Dos naves enemigas abordaron a la Invencible; resistieron los patriotas con singular denuesto, pero los enemigos eran muchos y aguerridos. Viéndose perdido Azopardo, intentó poner fuego en el pañol de la pólvora; prefirió la muerte antes de caer prisioneros él y sus valientes marinos.

No le fué posible cumplir su propósito; la escotilla estaba cerrada y las balas de su pistola no la penetraron. Prosiguió, sin embargo, su afán heroico; tomó un hacha y descargó fuertes golpes sobre la escotilla.

Viendo los españoles que ese sacrificio les alcanzaría, y admirando a la vez el inmenso valor del jefe de la nave patriota, prometieron en nombre del Rey, respetar la vida de todos los tripulantes de la Invencible. Azopardo comprendió que era inútil toda resistencia y que no podía dar fin a su propósito de hacer volar la nave, y aceptó el ofrecimiento no sin antes exclamar: "La desgracia no me ha permitido terminar de cumplir con mi deber".

El heroico comportamiento de Azopardo es como un girón de gloria que atenúa el desastre de nuestra primera fuerza naval.

¿ Quiénes constituyeron la Primera Junta de gobierno patrio ?

Guillermo Brown

Guillermo Brown, el primer almirante argentino, nació en Irlanda el 27 de junio de 1777. Sirvió a nuestro país desde 1814, año en que se creó la segunda escuadrilla, siendo Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata don Gervasio Antonio de Posadas y ministro de Hacienda don Juan Larrea.

La primera escuadra confiada al mando de Brown se componía de 3 corbetas, 2 bergantines y 9 barcos menores, y no obstante ser inferior a la escuadra realista, obtiene con ella Brown, dos espléndidas victorias: el 11 de marzo de 1814 en Martín García y el 17 de abril del mismo año en Montevideo.

El ilustre marino colaboró después en la campaña libertadora del Perú emprendida por el General San Martín. De regreso al país tuvo oportunidad, más tarde, de prestar otros señalados servicios.

Declarada la guerra con el Brasil, fué nombrado jefe de la escuadra, alcanzando, me-

diente su pericia, más que por la eficacia de sus buques, los triunfos de Pozos y Juncal.

Firmada la paz, continuó como jefe de nuestra armada, muriendo en Buenos Aires el 3 de marzo de 1857. Sus restos descansan en el cementerio de la Recoleta, en un hermoso mausuleo.

¿En qué fecha se declaró la independencia argentina?

Las industrias

Había una vez un bosque maravilloso, donde se producían ricas maderas y frutos exquisitos.

Vivían en el bosque una pareja humana e innumerables animales salvajes.

El hombre era indolente y se alimentaba sólo con los frutos caídos de los árboles. La mujer imitaba al hombre y pasaba lo más claro del día mirándose en la corriente del río.

Muchas veces el frío los entumecía y el hambre los debilitaba, pero vencidos por la pereza, dejaban correr la vida, llenos de miseria y desventuras en medio de los esplendores naturales.

Un día llegó a la selva una nueva pareja humana.

El hombre frotó dos piedras, y obtuvo fuego. Afiló el canto de un pedernal, y tuvo un cuchillo. Reunió troncos de árboles, y construyó una choza. Ahuecó el tronco de otro árbol, y fabricó una canoa. Unió la piel de los animales, y confeccionó mantas. Amasó el barro, y consiguió vasijas.

La mujer coció en el fuego la carne de los animales y las frutas del bosque. Mezeló el agua con la miel y preparó una bebida deliciosa. Hiló la lana y los pelos de los animales, y fabricó telas. Trenzó la paja y el cuero, y consiguió abrigo contra el rigor del frío y el ardor del sol.

Así, gracias a su inteligencia y trabajo, hizo nacer el hombre las primeras industrias y llenó de comodidades y beneficios su vida miserable e inquieta.

Derechos civiles

El artículo 14 de la Constitución Nacional establece que todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos, conforme a las leyes que reglamenten su ejercicio: de trabajar y ejercer toda industria lícita; de navegar y comerciar; de peticionar a las autoridades; de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa; de usar y disponer de su propiedad; de asociarse con fines útiles; de profesar libremente su culto; de enseñar y aprender.

¿Cuáles son los poderes que forman el gobierno nacional?

¿Cuáles son los caracteres del gobierno argentino?

Derechos civiles de los extranjeros

Los extranjeros gozan en el territorio de la Nación de todos los derechos civiles del ciudadano: pueden ejercer su industria, comercio y profesión; poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos; navegar los ríos y costas; ejercer libremente su culto; testar y casarse conforme a las leyes. No están obligados a admitir la ciudadanía, ni a pagar contribuciones forzosas extraordinarias. Obtienen nacionalización residendo dos años continuos en la nación; pero la autoridad puede acortar este término a favor del que lo solicite, alegando y probando servicios a la República.

(Art. 20 de la Cons. Nac.).

¿Qué requisitos se exigen para que los extranjeros puedan optar a la ciudadanía argentina?

El 25 de Mayo en la escuela

Todos sabrán — dijo el maestro a sus alumnos — que dentro de ocho días, cumplirá la Patria un aniversario más y que nosotros debemos festejarlo. Cada grado de esta escuela debe contribuir con un número para formar el programa del acto a realizarse el día 23.

Siguió un silencio a estas palabras, hasta que el más pequeño de todos los alumnos — un italianito de 15 años — dijo en alta voz y en mal castellano:

—Yo quiero decir un verso.

Los más próximos al italianito contuvieron la risa; pero del grupo de los más grandes sonó una estruendosa carcajada.

El muchacho se ruborizó, cerró las manos como para cobrar energías e insistió en su deseo.

—Yo quiero decir un verso, y agregó: un verso a San Martín, porque San Martín fué un gran patriota y yo también soy patriota...

—Italiano, interrumpió uno.

—Eso no importa, respondió; amo a la Argentina...

El maestro prometió enseñar al italianito una poesía, la que sería recitada en la fiesta de la escuela.

La noche del 23 de mayo concurrieron todos los alumnos al salón de actos. Comenzó la fiesta con el Himno Nacional, entonado por todos, maestros y alumnos. Una salva de aplausos se escuchó después de un ¡viva la Patria! dado por el director. El maestro de tercera sección explicó el significado de la gloriosa efemérides; un alumno de la sección más adelantada leyó una composición; otros recitaron poesías, y por último, declamó el italianito. Y lo hizo con tanto entusiasmo, con tanto cariño, que nadie dejó de aplaudirlo, sobre todo sus compañeros de grado a quienes representó lucidamente en el acto escolar.

El alcoholismo

Los hijos de los alcoholistas son propensos a la tuberculosis, a la idiotez y a la locura. El alcohol destruye nuestro organismo.

¡Pobre criatura! En el barrio la llaman la “Mocha”. Pasa su vida sentada en el umbral de la puerta de calle, moviendo torpemente su cabecita morena, mirando sin ver, oyendo sin entender.

Ha cumplido diez años, pero parece que tuviera sólo seis. Aun no sabe hablar bien; al conversar, saliva abundantemente y se ríe sin sentido. Es la burla de los muchachos de la cuadra y la que recibe todas las culpas y todos los golpes.

¿Qué pecado ha cometido la pobre criatura para sufrir así en la vida?

Ninguno. Ha nacido idiota, nada más. Ha nacido idiota porque su padre era alcoholista, y ella, víctima inocente paga con su cuerpo y con su alma la torpeza y la ignorancia de quien le dió vida.

Los grandes benefactores

El mar está en calma. Sobre las aguas verdosas, abriantadas por el sol de los trópicos, saltan peces voladores, semejantes a pequeños pájaros blancos.

Varios barcos navegan rumbo al sud. Ya en el cielo, hace dos días, los pasajeros han contemplado la Cruz del Sud, evocadora del cielo patrio.

Indiferentes a las bellezas del mar, los tripulantes están en sus puestos, preocupados cada uno con su trabajo.

En el puente superior, el oficial telegrafista, en su pequeña cabina blanca, está sentado frente a su aparato de radio, que lanza chispas de luz. Recibe despachos de tierra y de otros barcos que navegan, como el suyo, en el inmenso Atlántico. Las letras misteriosas que cruzan los aires, al llegar al barco hacen chirriar la antena con un graznido semejante al de la lechuza.

De pronto, entre los mensajes que el oficial reproduce mecánicamente, hay uno que le llena de terror. Son tres letras, las tres letras

anunciadoras de tragedia: S. O. S., las que fulguran ante sus ojos. Tres letras que piden socorro, que solicitan auxilio, que claman ayuda.

Sobre la superficie del mar, todo está en calma; en rededor no hay indicio de la tragedia que se desarrolla a unas cuantas millas de distancia. Sin el aviso de S. O. S., el barco hubiese seguido tranquilamente su ruta, pero ahora, proa al norte, a toda máquina, se dirige al sitio de la catástrofe, en tanto que arriba, en su cabina blanca que el sol inunda de luz, el telegrafista comunica a los náufragos desesperados, que van hacia ellos, portadores de socorro.

La calma renace a bordo; la esperanza, como una bandera, flamea sobre los puentes que el agua ya invade, mientras los ojos avisoran el horizonte azul, donde un penacho de humo ha de indicar la llegada de los salvadores.

Y así, por el genio de Guillermo Marconi, inventor de la radiotelegrafía, en una noche de octubre de 1927 fueron salvados de una muerte segura cerca de mil náufragos del vapor "Principessa Mafalda".

Creación de la Bandera Argentina

Hasta el año 1812 los criollos y los españoles usaban un mismo distintivo. A iniciativa de Belgrano el Primer Triunvirato ordenó que “se reconozca y use por las tropas de la patria la escarapela que se declara Nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata y debía componerse de dos colores, blanco y azul celeste, quedando abolida la roja con que antiguamente se distinguían”.

Belgrano fué aún más allá de su propia iniciativa y al inaugurar las baterías de Libertad e Independencia, próximas a la ciudad de Rosario, el 27 de febrero de 1812, enarboló en ambas la bandera azul y blanca. “En aquel momento — dice el general Mitre — Belgrano, que recorría la línea a caballo, mandó formar cuadro, y levantando la espada, dirigió a sus tropas estas palabras: “¡Soldados de la patria! En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional: en aquél (señalando la batería Independencia) nuestras

armas aumentarán sus glorias". Eran las seis y media de la tarde, y en aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca, reflejo del hermoso cielo de la patria, y su ascensión fué saludada con una salva de artillería.

Así se inauguró la bandera argentina".

Belgrano

(FRAGMENTO)

Esas músicas que están
Resonando de tal suerte,
Son la voz perenne y fuerte
Del clarín de Tucumán;
Y aquellas que al aire van
Veloces, rumbo a la gloria,
Son el eco, que en la historia
Nos conmueve y nos exalta,
De las campanas de Salta
Que está gritando: ¡victoria!

¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro primer ciudadano!
¿Quién dice Manuel Belgrano
Sin que se sienta mejor?...
Pudo el destino traidor
Que a tanta virtud abruma,
Arrojar la densa bruma
De Vilcapugio a tu frente,
Y hasta hundirte en la inclemente
Noche inmensa de Ayohuma;

Pero no pudo, en su afán,
Dejar muda la voz alta
De las campanas de Salta,
Del clarín de Tucumán...
Y allá suenan, allá van
Veloces, rumbo a la gloria,
Desbordando de la historia
Sobre el Andes, sobre el llano,
Diciendo a todos: ¡Belgrano!
Clamando a gritos: ¡Victoria!

R. Obligado.

El ahorro

En la vida normal no hay más medios de prosperidad que el trabajo y el ahorro.

Ahorrar no es ser avariento, ni siquiera es ser económico: ahorrar es sencillamente reservar lo innecesario en el presente para lo que puede ser indispensable en el porvenir.

Practicar el ahorro es combatir el juego, el alcoholismo, el lujo, el despilfarro; es dignificarse ante sí mismo y ante los demás.

Todos, chicos y grandes, deben ahorrar. Los que tienen muy subidas entradas como los que las tienen exiguas.

Para todos es necesario el ahorro.

Y para todos es posible.

(C N. de A. P.)

El trabajo, la frugalidad y el ahorro, son el mejor remedio contra la esclavitud.

Las sociedades cooperativas

Las sociedades cooperativas tienen por objeto evitar los intermediarios que se encuentran entre el productor y el consumidor.

La cooperativa de producción constituye el ideal de los que trabajan, porque los obreros asociados reemplazan al capitalista y las ganancias son distribuidas en proporción al trabajo aportado por cada uno.

La cooperativa de consumos no busca la ganancia, suprime el lucro y, si realiza beneficios, estos son devueltos a todos los socios, en proporción a las compras que realice cada uno.

La cooperativa de crédito, a la vez que persigue la usura, fomenta el ahorro.

El manantial

En un caluroso día de verano, tres viajeros se reunieron junto a un fresco manantial.

Este se encontraba al lado del camino; rodeábanle algunos árboles y fino y húmedo césped; el agua, pura como una lágrima, caía en un recipiente naturalmente hecho en la piedra, luego se vertía para esparcirse por la pradera.

Los viajeros descansaron a la sombra de aquellos árboles y bebieron agua del manantial.

Junto a él vieron una piedra sobre la que se leían estas palabras:

“Pareceos a este manantial”.

Los peregrinos leyeron la inscripción; después se preguntaron su significado.

—Es buen consejo, — dijo uno de ellos, comerciante.—El arroyo corre sin cesar, va lejos, recibe agua de otros y se hace un gran río. Así, el hombre debe imitarle ocupándose de sus asuntos, y siempre triunfará y conseguirá riquezas.

—No, — dijo el segundo viajero, un joven. — A mi entender, esa inscripción significa que

el hombre debe preservar su alma de los malos instintos, de los deseos malos; su alma debe estar tan pura como el agua de este manantial. Actualmente, esta agua da fuerza a los que, como nosotros, se detienen para beber; si hubiese atravesado el universo, si el agua estuviera turbia, ¿qué utilidad tendría? ¿quién la querría beber?

El tercer viajero, que era anciano, sonrió y dijo:

—Este joven tiene razón. El manantial, dando de beber a los sedientos, enseña al hombre a practicar el bien indistintamente, sin esperar recompensas, sin contar con el agradecimiento.

Tolstoy.

Consejos a los lectores

Si aprecias en algo tu vida y la integridad de tu persona, no olvides estos consejos:

—Cuando leas una señal de: “¡Peligro!”, detente y observa.

—Antes de cruzar la vía del tren, párate, escucha y mira.

—Espera la señal del policía de tráfico, antes de cruzar una calle.

—Cruza siempre en las esquinas.

—Mira a ambos lados de la calle antes de cruzar.

—Una vez en medio de la calle, no retrocedas. El conductor no lo puede prever y te expones a un accidente.

—Al cruzar la calle, no corras; marcha a un paso regulado así, el conductor puede calcular el tiempo que lo separa de ti.

Siempre que te sea posible, camina por la acera; recuerda que en la calle es más fácil el peligro.

—Ten los ojos y los oídos alertas y usa tu juicio en todo tiempo.

—No escupas en el suelo.

—No digas malas palabras.

—No molestes en el tranvía; no grites, no cantes, no silbes.

—Sé cortés; eso no te cuesta nada y te hace agradable a los demás.

—Sé puntual en tu trabajo y en tu vida privada.

—Sé respetuoso con todas las mujeres, como si cada una de ellas, fuera tu propia madre.

Obligación de todo ciudadano

Todo ciudadano argentino está obligado a armarse en defensa de la Patria y de esta Constitución, conforme a las leyes que al efecto dicte el Congreso y a los decretos del Ejecutivo Nacional. Los ciudadanos por naturalización son libres de prestar o no este servicio por el término de diez años, contados desde el día en que obtengan su carta de ciudadanía.

(Art. 21 de la C. N.)

¿ Quiénes están obligados a votar ?

¿ Qué requisitos son necesarios para ser elegido diputado al Congreso Nacional ?

Las elecciones

Ayer hubo extraordinaria animación en la ciudad, no obstante estar cerradas todas las casas de comercio.

Automóviles, tranvías y ómnibus transportaban a los ciudadanos que se encaminaban al comicio a depositar su voto.

La caravana no se interrumpió desde las 8 a las 18 horas, formándose después de clausurado el acto electoral, numerosos grupos de hombres que comentaban animadamente el desarrollo de la elección y hacían conjeturas sobre los resultados. Hemos ganado por cinco mil votos, decía el más vehementemente de uno de esos grupos. Ilusiones — le contestó otro, tal vez su adversario político — el triunfo es nuestro. Y un tercero, más sensato, cortó la discusión que se iniciaba, diciendo:

Con el voto secreto fallan todos los cálculos; el escrutinio nos revelará las inclinaciones de la mayoría de los ciudadanos.

Muchas veces oí hablar de las elecciones y también vi a los hombres trasladarse hacia el lu-

gar donde debían votar; pero, escuchaba y observaba todo con indiferencia, como si se tratara de algo que no debía interesarme. En cambio, ayer participé del entusiasmo de mis conciudadanos — así puedo llamarlos porque ya soy ciudadano argentino! Hace pocos días me enrolé, y aunque no pude votar porque mi nombre no figuraba aún en el padrón, me sentía ansioso de asociarme a esa caravana, presentarme a las autoridades del comicio y depositar en la urna mi voto.

—¿Y por quién hubieras votado? — me preguntó un amigo al que le comunicaba mis deseos.— Por los ciudadanos que yo considerara más capaces de realizar obra útil, le contesté. Y así lo haré cuando llamen a elecciones y me dé el gusto de ejercitar mi derecho cívico.

Himno Nacional

CORO

Sean eternos los laureles

Que supimos conseguir;

Coronados de gloria vivamos,

O juremos con gloria morir.

Oid, mortales, el grito sagrado:

¡Libertad!, ¡Libertad!, ¡Libertad!

Oid el ruido de rotas cadenas,

ved el trono a la noble igualdad.

¡Ya su trono dignísimo abrieron
las provincias Unidas del Sud!

Y los libres del mundo responden:

Al gran pueblo argentino, salud!

El caballo asustadizo

Un caballo quería mucho a su amo; también lo quería mucho éste a él, porque era bueno y guapo, y siempre hubieran vivido en la más perfecta armonía, si el caballo no hubiera sido tan asustadizo.

Una rama meneada por el soplo de la brisa; un cuis disparando entre las pajas; un terú que de pasada lo rozase con el ala; la sombra de una nube, el ladrido de un perro, el chillido del viento, todo era pretexto para que se espantara, cortara huascas y disparara.

Un animal bueno, pero enloquecido por el miedo.

Un día, iba montado por su amo, ambos medio perdidos en los sueños que tan corridamente nacen, se desvanecen y se renuevan con el suave hamaqueo del galope, cuando de repente toparon con una osamenta colocada en el mismo medio de la senda que seguían y tapada por yuyos altos.

Fué cosa ligera: el caballo pegó una espantada tal, que volteó sin remedio al amo en la zanja, y emprendió la carrera como perse-

guido por la misma osamenta. En la disparada loca, enceguecido por el miedo, sin tener otra idea que la de huir, huir lejos, huir siempre, puso la mano en una cueva de peludo y se mancó; se llevó por delante un alambrado de púa; dió vuelta de carnero, cayó del otro lado, torciéndose el pescuezo y lastimándose todo; cruzó cerca de un rancho, y los perros lo siguieron hasta morderle las patas; al querer escapar de ellos, atravesó a toda carrera un charco pantanoso donde pisó mal y se desortijó, y cuando por fin llegó, sin saber cómo, a las casas, manco, rengo, ensangrentado, medio descogotado, y sin el recado, sembrado por todas partes, el amo le pegó una soba de mil rabias.

No hay peor consejero que el miedo, y a cualquier peligro, aunque no sea más que con bufidos, siempre hay que hacerle frente.

G. Daireaux.

Ofrenda a la Patria

Por mi Dios y por mi sangre
te hago ofrenda de mi vida:
lo que soy y lo que tengo
te lo debo, patria mía.

Lo que canto y lo que sueño,
todo el cáliz de mi vida,
ante el ara de tus héroes,
te lo brindo, patria mía.

No me arredran los embates
de la lucha por la vida,
porque sé que la victoria
siempre es tuya, patria mía.

Y si pierdo en la batalla
los alientos de mi vida,
clamará mi último grito:
“¡Vive y triunfa, patria mía!”.

Lo que soy y lo que tengo
te lo debo, patria mía:
de mi vida te hice ofrenda,
¡usa, patria, de mi vida!

C. O. Bunge.

El Hombre

El hombre no precisa solamente pan, y alimento; precisa también dignidad.

El hombre debe conquistar su personalidad y debe conquistarla él mismo, sin esperar que lo ayuden los demás.

Sentimientos elevados, afectos sólidos y gustos simples, bastan para hacer un hombre recto.

La verdadera desgracia para un hombre honrado, consiste en tener que despreciarse a sí mismo, por una mala acción cometida.

Toma el hábito de hacer y decir lo que puede unir a los hombres.

No siembres odios ni rencores.

No fomentes la calumnia, y si la oyes, no la repitas.

Quien debe, paga

Hay quien tiene la imprudencia
de olvidar, torpe y ligero,
o sus deudas de dinero,
o sus deudas de conciencia.

Y se forja la ilusión
de que es insolvente, cuando
está el infeliz pagando
con su propia estimación.

Porque todo el que debe se atreve
a prescindir del deber,
se expone siempre a perder
mucho más de lo que debe.

G. Núñez de Arce.

El deudor es esclavo del prestamista.

Los tres amigos

Un hombre tenía tres amigos: su dinero, su mujer y sus buenas acciones. Estando a punto de morir, envió a buscar a los tres para despedirse de ellos.

Dijo al primero que se presentó:

—¡Adiós, amigo; me muero!

El amigo le respondió:

—¡Adiós! Cuando hayas muerto, haré que luzca un cirio por el descanso de tu alma.

Llegó el segundo amigo, despidióse y le prometió que le acompañaría hasta la tumba.

Por fin llegó el tercero.

—¡Muerto soy! — dijo el agonizante. — ¡Adiós!

—No digas adiós, — le respondió el amigo. — Yo no me separaré nunca de ti; si vives, viviré; si mueres, te seguiré.

Murió el hombre; su dinero le dió un cirio, su mujer le siguió hasta la tumba, y sus buenas acciones acompañáronle, igual que en vida, después de muerto.

Tolstoy.

El árabe hambriento

Perdido en un desierto,
Un árabe infeliz, ya medio muerto
De hambre y de fatiga,
Se encontró un envoltorio de vejiga.
Lo levantó, le sorprendió el sonido,
Y dijo, de placer estremecido:
— ¡Avellanas parecen! — Mas, al verlas,
Con tristeza exclamó: Sólo son perlas.

En ciertas ocasiones
No le valen al rico sus millones.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

Dos fábulas de Esopo

I. — El cazador y el ciervo

Un ciervo que había en cierta fuente, recreábase mirando su bella imágen en el agua, muy satisfecho de sus cuernos, pero renegando en cambio de sus delgadas y largas piernas. En esta contemplación llegaron hasta él los gritos de un cazador y los ladridos de sus perros, ya poco distantes, por manera que hubo de recurrir a la ligereza de sus piernas para escapar de sus enemigos. Pero sucedió que, al entrar en el bosque, se le enredaron los cuernos en las ramas de un arbusto, a lo que debió el cazador el cogerle sin la menor dificultad. Y el ciervo, al considerar el estado en que le pusiera la parte más bella de su persona, cambió de parecer, alabando lo que antes menospreciaba y menospreciando lo que ensalzara antes.

Muchas veces lo que más agrada es lo más perjudicial.

II. — Los cuadrúpedos y las aves

Encontrándose en guerra las aves y los cuadrúpedos, trabaron cierto día ruda batalla, durante la cual, figurándose el murciélago que vencerían los últimos, desertó de los animales de pluma y se pasó al enemigo. Acaeció, no obstante, que, llegando a poco de esto el águila, animó de tal modo a las aves que, en un vigoroso esfuerzo, vencieron a los cuadrúpedos. Hiciéronse luego las paces, y todos condenaron al murciélago a ser despojado de las plumas en castigo a su perfidia, prohibiéndole además que se presentase a su vista, motivo por el cual el murciélago, a pesar de poseer alas no tiene plumas, y sólo sale por la noche.

No debe abandonarse a los amigos en los momentos de adversidad y peligro, si se quiere disfrutar su favor en los días de prosperidad.

¡Sí, mi maestro!

—¿Por qué me dice siempre que soy igual a Pérez Mateo? — preguntó un día un conscripto a su maestro.

La clase de lectura había terminado y se disponía el maestro a dictar el enunciado de un problema. La súbita pregunta de Antonio Ferrero, uno de sus cuarenta discípulos de ese año, le sorprendió un poco, pensó un instante, y cerrando su cuaderno de ejercicios, respondió: —Es usted igual a Mateo Pérez. ¿Por qué?

Se sentó, extrajo una carta del bolsillo y la leyó: “Mi maestro y amigo: Cada día le estoy más agradecido. Ahora no necesito de nadie en mi negocio para que me haga las cuentas y me escriba las cartas y las facturas. Si alguna vez viniera a Capitán Sarmiento, no deje de visitarme. Tengo muchos deseos de verlo y de que conozca a mis padres, los que siempre lo recuerdan como si fuera usted el mejor amigo”.

—Esta carta, dijo después el maestro, es de Mateo Pérez. Me escribe siempre, desde que regresó a su pueblo después de servir en este regimiento. Era el mejor alumno; el más atento, el que mejor entendía cuanto yo explicaba.

En un mes se leyó todo el primer libro de lectura, y cuando ingresó a la escuela “no conocía ni la o por ser redonda”. Es que aprovechaba todos los momentos que le dejaban libres las ocupaciones del cuartel, y estudiaba, estudiaba con pasión.

En la clase era mi ayudante; él repartía los cuadernos; él traía el mapa y todas las ilustraciones; enseñaba a los más atrasados; amonestaba a los desatentos. Era el primero en entrar y el último en salir; el primero en dar las “buenas tardes”, siempre sonriente, siempre amable y culto. Y, como pueden imaginarse, yo lo quería mucho, y les aseguro que me quedé triste cuando se despidió de mí el último día de clase. ¿Sabe usted ahora, Antonio, por qué es igual a Mateo Pérez?

Antonio Ferrero no respondió, pero se notaba en su semblante que inundaba su espíritu una infinita satisfacción.

El maestro dijo luego: —¿Me escribirá usted cuando regrese a su casa?

Y el conscripto con varonil arrogancia se puso de pie y exclamó con voz vibrante:

—¡Sí, mi maestro!

Pensamientos

“Todos aman a la patria y muy pocos tienen patriotismo: el amor a la patria es un sentimiento natural, el patriotismo es una virtud; aquél procede de la inclinación al suelo donde nacimos, y el patriotismo es un hábito producido por la combinación de muchas virtudes. Para amar a la patria, basta ser hombre; para ser patriota es preciso tener las virtudes del ciudadano.”

“El origen de todo bien es el amor a la libertad; pero debe ir acompañado del respeto a las leyes.”

“Quien no tenga un corazón afectuoso para su familia, mal podrá hacer creer que lo tenga para el género humano.”

“El placer más puro es el que se deriva de saber que se ha cumplido el deber. Entre todos los placeres es éste el único que satisface por completo y que no va seguido de lágrimas y desengaños”.

“Si no conviene, no lo hagas; si no es verdad, no lo digas. Sé dueño de tus inclinaciones.”

Las dos espigas de trigo

Cuentan que una rubia espiga,
humilde y a la par discreta,
inclinaba blandamente
sobre el tallo su cabeza.
Y cuentan que al lado suyo
levantábala soberbia,
otra espiga a quien el aura
besaba amorosa y tierna.

—¡Hola! con acento altivo
preguntó a su compañera —
¿por qué humilláis vuestra frente
con mal fingida modestia?
Aprended de mí, que osada
domino como una reina
sobre la plebe de espigas
que en el campo me rodean.

Su calor me da el estío,
y el aura de la pradera,
como un beso de las flores
me trae el perfume de ellas.

En tanto, vos, abatida
dobláis la frente, que emblema
parece del sentimiento,

—Callad! replicó la otra, —
si alzáis la cabeza inquieta,
mientras que inclino la mía,
hacia mi madre, la tierra,
abrumada por el peso
que no sostiene la vuestra,
es porque rica de trigo
estoy, y vos, estáis seca.

* * * *

El lobo y el murciélago

(FÁBULA)

Volando de una rama a otra, un murciélago, atontado, fué a caer sobre un lobo dormido.

El lobo se apoderó de él y quiso devorarlo. Suplicó el murciélago su libertad.

—Bueno, — dijo el lobo, — te dejaré, pero con la condición de que me dirás por qué vosotros, los murciélagos, estáis siempre tan alegres y retozones. Yo siempre me fastidio, mientras que vosotros jugáis y voláis sin cesar.

Dijo el murciélago:

—Me asustas, no me atrevo a hablarte. Déjame volar a mi nido y te lo diré.

Hízolo así el lobo.

Cuando el murciélago se vió en lo alto, le dijo:

—Te fastidias siempre porque eres malo, porque la crueldad seca el corazón. Nosotros estamos alegres porque somos buenos, porque no hacemos daño a nadie.

Tolstoy.

La energía y el valor

— *Valor, siempre valor, en la adversidad y en el infortunio, en los puestos altos y en la grandeza.*

— *La desesperación es nuestro mayor error.*

— *Al corazón valiente, nada le es imposible.*

— *El mundo pertenece a los enérgicos.*

— *El desaliento es lo peor que puede acontcernos, pues es la muerte de la virilidad.*

— *Cualquier trabajo que hagas, hazlo lo mejor que puedas.*

— *El que tiene energía, tiene el mejor tesoro.*

Inmigracion

“El gobierno federal fomentará la inmigración europea y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno, la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias, e introducir y enseñar las ciencias y las artes.”

(Art. 25 de la Constitución Nacional)

Los constituyentes comprendieron la necesidad de poblar nuestro país con gente útil, que colaborara con nosotros en la obra de progreso. Y no se equivocaron: a los inmigrantes, que desde entonces han venido en gran número, se debe, en parte, la prosperidad económica de la República.

El enrolamiento

(Algunas disposiciones de la ley.)

Todo ciudadano está obligado a enrolarse dentro de los siete meses, de cumplidos los 18 años de edad. Las épocas de enrolamiento son los meses de enero y febrero y julio y agosto de cada año. Quien deba enrolarse, concurrirá a la oficina del Registro Civil que corresponda a su domicilio.

Los que no cumplan con las prescripciones del enrolamiento serán considerados infractores e incorporados a prestar servicio en las filas del ejército permanente por un año, además del tiempo de servicio que les corresponda, si por su edad están comprendidos entre los 19 y 45 años, siempre que sean aptos para todo servicio o servicio auxiliar.

Los mayores de 45 años y los menores de 19, los inútiles para todo servicio o servicio auxiliar, serán castigados con prisión de uno a seis meses.

A mi Bandera

(De Juan Chassaing)

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de ti me arrastras,
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?

Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el ángel de la inmensa muerte,
te agitas y nos llamas!

Allá voy, allá voy sobre las olas,
allá voy, allá voy sobre las pampas,
bajo el cañón del enemigo injusto
a levantarte un trono en su muralla!

¡Ah, que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te verán mis ojos
huyendo en la batalla...

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!

Servicio militar

La ley establece que todo ciudadano de 20 a 45 años de edad, argentino, está obligado al servicio e instrucción militar.

Los de 20 años son sorteados, asignándose un número a cada uno. Los que tienen los números más altos sirven en la marina, en la cantidad que dispongan las leyes vigentes. A los que correspondan los doce mil números siguientes son incorporados por un año en el ejército permanente. Esta cantidad podrá ser aumentada si la ley de presupuesto así lo dispusiese.

Los ciudadanos de 21 a 30 años forman la reserva del ejército permanente; los de 31 a 40 años, la guardia nacional, y los de 41 a 45 años, la guardia territorial.

Los conscriptos que no se presenten a la convocatoria de su clase en la fecha que fue-

ran llamados al servicio, son considerados infractores y sufren un año de recargo de servicio.

Pueden exceptuarse del servicio militar:

- 1.° Los que por enfermedad o defecto físico resulten inútiles para el servicio y no puedan ser empleados en los servicios auxiliares.
- 2.° El hijo natural o legítimo de madre viuda que atienda con su trabajo personal a la subsistencia de ésta o de un padre septuagenario o impedido.
- 3.° El hermano que atienda con su trabajo personal a la subsistencia de hermanos menores, huérfanos de padre y madre o de hermanos impedidos.
- 4.° El nieto que atienda con su trabajo personal a la subsistencia de la abuela pobre o del abuelo septuagenario o impedido.
- 5.° El mayor de los hermanos perteneciente a una misma clase o al hermano menor de la clase siguiente si estuviese ya bajo banderas un hermano cumpliendo el servicio de un año o el de la marina.

Máximas y refranes

La virtud es un tesoro más duradero que el oro.

Más vale un pájaro en mano que ciento volando.

El que mucho abarca poco aprieta.

Quien mal anda, mal acaba.

Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe.

Dime con quién andas y te diré quien eres.

Padre e hijo

(Parábola)

—Padre, como tú me dijiste, así lo hice. Compré primero el carro, un hermoso, sólido carro de cuatro ruedas, y la yunta de caballos, mansos, nuevos, perfectamente adiestrados; luego, compré las diversas provisiones, tu poncho de vicuña, todo lo demás, hasta llenar el carro. Y todavía me sobró la mitad del dinero.

—Compraste bien, hijo mío.

—Parto, pues, de regreso. Al salir del pueblo, paso delante de una miserable choza. Cinco hombres sacaban de allí un muerto. Me detengo. En medio de la pieza, veo una infeliz mujer con los brazos cruzados. Numerosas criaturas agrupábanse a su lado y se abrazaban a ella. Todos lloraban, menos la más chiquita, que me miró fijamente. Comprendí. Me puse de pie y desde lo alto del carro arrojé dentro el resto

del dinero... La viuda se inclinó a recogerlo. Yo reanudé la marcha.

Por la barba del viejo cruzó furtivo un estremecimiento.

—Seguí, pues — contó el hijo. — Un pobre hombre que temblaba de frío, me tendió la mano. Le dí el poncho. Después encontré un grupo de muchachitos descalzos... No pude menos que entregarles la caja de los dulces...

El viejo miró al suelo para dejar caer una lágrima.

—Al pasar por aquel lindo monte de álamos que hay a la derecha de los cerros, los pájaros piaron desesperadamente. Abrí la jaula. No lo pude resistir. Fuí dejando después, a lo largo del camino las demás provisiones. El sillón... lo dí a una pobre inválida. El perro... lo regalé a un ciego... Todo lo dí, padre mío, y finalmente, el carro, ya vacío, lo regalé a Juan, aquel Juan de la tapera, que me mostró sus hijos, su terrible lucha, su huerta tan bien cultivada, cuyos productos llevaba el infeliz a pie, marchando penosamente por el

largo camino, con la pesada carga... A mitad de la noche... Veo que lloras, padre...

—¡Tu corazón es grande y generoso!

—¡Pero mi proceder!... ¡Perdóname, padre mío!

—Tu proceder es el de un rey, si alguno existe que merezca serlo. Mi llanto es de alegría, una alegría tan viva que no podrá atra-
vesar mi corazón sin desgarrarlo... Apresúro-
me a dar gracias a Dios, porque tú, ¡oh dicha
inmensa!, eres mi hijo.

Constancio C. Vigil.

La turquita

La maestra explicaba un tema de geografía cuando se presentó la directora acompañada de una nueva alumna. Todas observamos a la recién llegada; vestía pobremente, pero su peinado, su aseo, decían claramente que nuestra compañera era hacendosa. Y esto, y su linda cara y sus ojos bellos, pero tristes, nos despertó una intensa simpatía.

—¿Su nombre? — le preguntó la maestra abriendo el libro de inscripción que le dejara la directora.

—Marta, respondió, con voz insegura.

—¿Y el apellido?

Bajó la cabeza como si experimentara vergüenza, y después de un momento respondió:

—No tengo apellido.

La maestra no insistió; tomó a Marta suavemente del brazo y la acompañó hasta el asiento que le había designado.

Después supimos por qué no tenía apellido.

Tenía diez años de edad cuando llegó con sus padres a Buenos Aires. Antes de los dos años que-

dó huérfana; sus padres murieron en un accidente ferroviario y ella fué internada en un asilo. Allí vivió poco tiempo, pues consiguió ubicarse como niñera en una casa de familia.

Sus patrones le enseñaron a leer y a escribir, y como ella tenía deseos de seguir regularmente en una escuela, le permitieron que concurriera a una nocturna.

Yo no tengo apellido, nos dijo cuando ya tenía con nosotras más confianza. Mi padre se llamaba Juan José, como se llaman muchos otros turcos, y José no es apellido, sino nombre de varón.

No puedo, pues, llamarme Marta José, sino simplemente Marta.

Como la maestra insistiera, algunos días después, en que debía llevar un apellido, pidió Marta que le pusiéramos uno, y por rigurosa votación, elegimos el de una española, la de más edad del grado: Fernández.

Desde entonces nuestra compañera de los ojos tristes se llamó Marta Fernández, aunque nosotras la llamábamos siempre cariñosamente “la turquita”.

Los horneros

(FRAGMENTO)

Era horrible aquel año la sequía:
Un soplo abrasador
De la tierra argentina calcinaba
La fecunda y magnífica región.

Mugían en los campos los ganados,
Ya trémula la voz,
Y los pacientes bueyes escarbaban
La tierra estéril, sorda a su clamor.

Implacable, entre cárdenos vapores,
Su fuego arroja el sol,
Y en errantes columnas, lanza el viento
Remolinos de polvo abrasador.

Ya no entonan alegres los horneros
Su vibrante canción;
Pasan mustios, callados, muchos días
A la sombra del árbol protector.

Ven, en sueños nidadas de polluelos,
Y, en paterna ilusión,
Sienten ya bajo el ala cariñosa
De sus hijos el grupo bullidor.

No padecen de sed, porque el rocío
Que en la noche cayó,
Entre las hojas del ombú, les brinda
Refrescante y purísimo licor;

Ni víctimas del hambre desfallecen,
Porque en toda estación
Ya en el suelo aprisionan, ya en los aires,
Las alas del insecto volador:

Están tristes y mudos los horneros,
No entonan su canción,
Porque son arquitectos, y no hay barro
Para hacer el palacio de su amor.

R. Obligado.

Una biblioteca

El maestro de la tercera sección había prometido a sus alumnos que ese día se organizaría una asociación para fundar una biblioteca escolar. La asistencia fué perfecta: todos querían intervenir en las deliberaciones y en la votación, para constituir la comisión directiva.

Explicó de nuevo el maestro, los actos preliminares de una asamblea, el desarrollo de ésta, qué es el estatuto de una asociación, la forma de elegir las autoridades.

Comenzó el acto en medio de un gran silencio. Es necesario — les dijo el maestro — que se designen un presidente y un secretario.

Propongo para presidente a Núñez, dijo uno de los alumnos. Que actúe como secretario Valentín, agregó otro.

Aceptados por mayoría los candidatos pro-

puestos, pasó Núñez a ocupar el sillón del maestro y Valentín aproximó una silla al escritorio y se sentó con aire de personaje.

—Queda abierta la asamblea, expresó Núñez. — Como nadie hiciera uso de la palabra, el presidente continuó: Nos hemos reunido para fundar una biblioteca...

—¡Muy bien! muy bien!, interrumpieron los más entusiastas.

—Como creo que todos están de acuerdo, no es necesario votar, prosiguió. Antes de proyectar el estatuto y de elegir la comisión directiva, debe proponerse el nombre que llevará nuestra biblioteca.

Nadie dejó de indicar uno. Desfilaron el de los próceres: San Martín, Belgrano, Rivadavia, Moreno, Paso... Alguien sostuvo que debía bautizarse con el nombre del director de la escuela; otro con el del maestro, autor de la iniciativa. Por fin, el presidente recordó que entre los citados se había omitido uno: el de Sarmiento. Todos exclamaron a un tiempo: ¡Sarmiento! y el nombre del ilustre educador quedó consagrado por unanimidad.

Proyectaron después el estatuto, eligieron, por votación secreta, a los que debían formar la comisión directiva y redactaron el acta de la asamblea.

Así se fundó la Biblioteca Escolar Sarmiento, una de las más importantes de las muchas que existen en las escuelas para adultos. Los alumnos fundadores, como los que ingresaron después a esa tercera sección, pusieron en la obra de reunir libros, de organizar la biblioteca, mucho entusiasmo y gran cariño.

Carta

A bordo de la Fragata "Sarmiento", noviembre de 1927.

Mi querido hermano:

Navegamos rumbo a Buenos Aires; tengo un descanso y lo aprovecho para escribirte, haciéndote saber que regreso bien, sano, contento. Mucha fué mi suerte al ser designado entre los conscriptos que debían tripular la gloriosa nave. Nunca pensé que al salir de nuestro pueblo era para conocer tantos países, tantas ciudades. Si me parece un sueña. ¡Yo que he vivido mis veinte años sin salir más allá de las chacras que rodean el pueblo y que ahora conozco el mundo entero! Tú no te imaginas los deseos que tengo de estar a tu lado para referirte horas y horas lo que estos mis ojos vieron.

Felizmente será pronto, pues el licenciamiento ha de producirse a principios del mes próximo. Seguro estoy que mis relatos te des-

pertarán el deseo de servir en la armada cuando el año venidero te toque la conscripción y de que tengas mi misma suerte: ser marinero de la Fragata Sarmiento.

Hasta muy pronto. Mientras tanto, recibe un cariñoso abrazo de tu hermano

Octavio.

La vida

Vivir... es saber, es esperar, es admirar, es amar.

Así, habrá vivido más el que mejor haya sabido querer a sus semejantes.

Mira siempre arriba, aprende lo más que puedas y trata de elevarte siempre.

La vida no es ni un placer, ni un dolor, es un asunto grave que nos

han confiado y que debemos terminar con honra y dignidad.

El que vive sin dar un ideal a su vida, vive tristemente. En la vida moral, para sentir placer, hay que proponerse un fin y alcanzarlo.

Las comunicaciones

I

El océano Atlántico baña una gran extensión del territorio argentino. Por él surcan los vapores que unen los puertos marítimos con el de Buenos Aires y los que desde Montevideo se dirigen a Chile pasando por el estrecho de Magallanes.

II

Los ríos de la Plata, Paraná, Uruguay y Paraguay son excelente vías de comunicación. Por el primero llegan a Buenos Aires los transatlánticos que nos traen productos de gran parte del mundo y retornan cargados con los nuestros. El Paraná es navegable en casi toda su extensión. Los buques que lo surcan transportan pasajeros y cargas de los puertos de Buenos Aires, Rosario, Paraná, Corrientes, Posadas, etc.

El Uruguay permite la navegación de barcos de mediano calado. Concepción del Uruguay y Concordia son los puertos principales, sobre la costa argentina.

El Paraguay, afluente del Paraná, une la ciudad de Asunción y otros puertos paraguayos con las costas bañadas por el caudaloso Paraná.

Esos cuatro ríos constituyen los medios naturales de comunicación más importantes del país. A ellos se debe en gran parte el progreso de las provincias litorales y de los territorios del Chaco, Formosa y Misiones.

III

En el interior del país — bañado por numerosos ríos, pero que ninguno de ellos es navegable— se extiende una inmensa red de ferrocarriles.

Las líneas principales son: del Gran Sud, del Oeste, del Pacífico, del Central Argentino, del Central Córdoba y del Estado.

El ferrocarril y el automóvil han suprimido casi totalmente la tradicional “galera”, y con ello los viajes llenos de molestias y de peligros.

IV

El aeroplano es el medio de comunicación más moderno; aunque se valora su importancia para los viajes rápidos, aún no se han establecido líneas regulares en nuestro país. Pero, no pasará mucho tiempo sin que eso ocurra: el progreso vertiginoso de la República exigirá imperiosamente el empleo de aeroplanos y aún de dirigibles, por lo menos para el transporte de correspondencia y de pasajeros.

Diez cosas excelentes

Primera: Hacer el bien que se pueda a todos.

Segunda: No hablar mal de nadie.

Tercera: Reflexionar antes de tomar alguna resolución.

Cuarta: Callar cuando uno se siente irritado.

Quinta: No rehusar hacer un favor cuando buenamente se pueda.

Sexta: Socorrer a los desgraciados.

Séptima: Confesar ingenuamente los propios errores cuando se conocen.

Octava: Tener paciencia con todos.

Novena: Evitar o huir de las disputas.

Décima: No creer fácilmente lo que cuentan los murmuradores.

Estas diez cosas o consejos se llaman con razón excelentes, porque nadie jamás se tuvo que arrepentir de haberlos seguido.

Fábulas

I.—LOS GATITOS EN LA ESCUELA

Una gata vieja, experimentada profesora con los anteojos bien asentados en la ñata, explicaba a toda una aula de gatitos que era muy feo el mentir; que un gatito bien educado nunca debía robar la leche; que era un gran pecado el ser goloso, y que si era muy bien el cazar lauchas y aun comerlas, se debía evitar en lo posible hacerlas sufrir inútilmente, como lo solían hacer tantos gatos chicos y grandes.

Y la maestra agregó:

—“Bien segura estoy de que nunca, en casa de sus padres, ninguno de ustedes ha visto tan malos ejemplos...”

—¡Nunca, jamás!, señorita, — exclamaron a la vez todos los gatitos.

—Bien — dijo la maestra; — pero puede ser que, por casualidad, los hayan visto en otras partes...

—¡Sí, señorita, lo hemos visto! — gritaron.

—¡Oh! ¿y dónde? — preguntó la gata, con una sonrisa.

—En casa de fulano, señorita.”

Y cada gatito nombró la familia de algún otro alumno.

Los ojos a la casa del vecino, las espaldas a la propia.

II—LAS OPINIONES DEL GALLO

El gallo canta claro y no disimula lo que piensa. Dice la verdad, y la dice toda; pondera sin zalamería lo que le parece bien, y critica sin acritud lo que le parece mal.

Así debería de tener puros amigos, pues a cada uno le ha de gustar saber que aprecian sus cualidades: también, por otro lado, le ha de gustar conocer sus defectos, para tratar de corregirlos.

Pues no parece que así sea; y muchos, al contrario, acusan al gallo de ser mala lengua, o injusto, y le tienen rabia.

La oveja, por ejemplo, no lo puede ver: es cierto que en varias ocasiones ponderó el gallo, en excelentes términos, el gran valor de su vellón y su amor materno; pero también se permitió una vez insinuar que era algo corta de espíritu. Miren ¡si será!

La cabra, sin duda, le habría conservado su amistad, si se hubiera contentado con hablar de su sobriedad y de la excelencia de su leche; pero también dijo que ella tenía el genio algo caprichoso. ¡Una mentira sin igual!

El chajá había quedado muy conforme al oír que el gallo alababa lo abundante de su pluma, lo discreto de su color gris y el buen gusto de su traje; pero no le pudo perdonar el haber criticado su canto.

El burro también quedó con el gallo en muy buenas relaciones mientras se concretó éste a hacer justicia a su templanza y a su amor al trabajo; pero tuvieron que quebrar, pues un día se atrevió el otro a decirle que sus modales eran toscos. ¡Fígurese!

La vizcacha, ella, no quiere saber nada con el gallo, y lo mantiene a distancia, pues la juzgará este señor de bien poco mérito, cuando ni siquiera se ha dignado acordarse de ella nunca.

Por suave que sea el almibar de la alabanza, cualquier átomo de crítica lo vuelve amargo; pero más amarga aun que la crítica, es la indiferencia.

G. Daireaux.

Juan y Pedro

Juan tenía unas tierras que había heredado de sus padres.

Juan cultivaba sus tierras con esmero. Las abonaba, labraba y escardaba, para destruir los abrojos y las malas hierbas.

Había plantado árboles frutales que podaba cuidadosamente.

Sembraba diversas especies de semillas: trigo, maíz, guisantes, judías, calabazas, habas, patatas, etc.

Juan recogía todos los años abundantes cosechas.

Con el trabajo de sus brazos se había conquistado una posición desahogada, y su familia vivía dichosa y en la abundancia.

Los vecinos le miraban con respeto y aprecio.

Pedro también heredó de sus padres un pedazo de tierra, fértil como pocas.

Pedro era flojo y perezoso.

Cuando el Sol estaba ya sobre el horizonte, Pedro, lejos de levantarse, continuaba durmiendo.

Entretanto las malas hierbas crecían en su campo y ahogaban las plantas útiles.

Nunca abonaba sus tierras, ni las escardaba, ni las regaba, y por esto las plantas crecían raquíticas y mustias.

El campo de Pedro, lleno de abrojos y maleza, ofrecía un cuadro desconsolador. Diríase que nadie lo cultivaba, que estaba abandonado.

Cuando llegaba la época de las cosechas, el desidioso Pedro apenas recogía un poco de trigo y maíz.

De esta suerte, Pedro vivía pobre y despreciado, envidiando la alegría de los demás. A su alrededor todo era tristeza y miseria.

M. Delapalme.

El molinero, su hijo y el borrico

Un molinero y su hijo llevaban un asno al mercado con el propósito de venderlo.

Al poco rato encontraron a unas muchachas que volvían de la ciudad, y una de ellas dijo:

—“¡Miren qué hombres más tantos! Andan a pie, pudiendo ir montados sobre el burro.”

El padre oyó estas palabras, y mandó al hijo que montase en el asno.

Poco después pasaron cerca de un grupo de ancianos que estaban empeñados en una discusión. Uno de ellos, señalando al molinero y a su hijo, exclamó:

—“¡Ahí tenéis la prueba de lo que os decía: del poco respeto que hoy se tiene a los ancianos! ¿No veis a aquel muchacho haragán que va montado y deja andar a pie a su padre que es viejo?” Y después, dirigiéndose al muchacho, le dijo: —“¡Bájate, perverso! Deja que ese anciano suba en el borrico y descansen sus fatigados miembros.”

Al punto se apeó el hijo para que su padre montara.

Más adelante hallaron un grupo de mujeres y niños, que al verlos pasar dijéronle al molinero:

—“¡Holgazán! ¿Tienes entrañas para ir cómodamente montado en tu pollino, mientras tu pobre hijo se fatiga para seguirte a pie?”

El padre, al oír esto, hizo que el muchacho montase a las ancas.

Al buen viejo le parecía que había encontrado la manera de ir a gusto de todo el mundo, cuando al llegar a la ciudad, un caballero que pasaba, dirigiéndose al viejo, dijo: “Perdone usted, buen hombre; ¿es suyo ese pollino?” — “Sí, señor”, contestó el anciano.—Pues no lo parece, a juzgar por la manera como cargáis un animal tan pequeño y endeble. Mejor sería que lleváseis cargado ese pobre asno, para evitar que se muera en el camino.”

—“Será usted complacido”, contestóle el buen viejo, creyendo razonable la observación.

El molinero y su hijo buscaron una fuerte vara, ataron el asno a ella, y tomando en hombros una extremidad el padre y otra el hijo continuaron su camino con aquella pesada carga.

Era tan extravagante el cuadro que ofrecían el molinero y su hijo llevando a cuestras el burro, que la gente del pueblo fué reuniéndose alrededor de ellos, burlándose de su simpleza.

—“¡El mundo al revés!”, gritaban en tono de mofa.

El borrico asustado por tanto alboroto, al pasar por un puente, hizo un esfuerzo, rompió las ligaduras que lo sujetaban y dió un brinco con tan mala suerte, que cayó en el río y se ahogó.

El pobre molinero regresó a su casa abochornado y pensando que por querer complacer a todo el mundo, había perdido la paciencia y el borrico.

Esopo.

El trabajo es riqueza

I

Estando un labrador muy cercano a la muerte, llamó a sus hijos, y les dijo que todos los bienes que poseía los dejaba en el viñado de su propiedad, y que cuando quisiesen repartírselos, sólo allí debían buscarlos, que los hallarían.

Después de haber fallecido el padre, fueron los hijos a la viña a buscar los referidos bienes; pero por más que cavaron con mucho afán, nada encontraron.

No obstante, como la viña fué muy cavada, dió mucho fruto aquel año, y al repartírsele los hermanos, dijo uno de ellos: “Indudablemente, el fruto de esta viña es el tesoro que nuestro padre nos dejó.”

El trabajo es el verdadero tesoro del hombre.

Esopo.

II

Un labrador, que por su buena suerte y por su aplicación no desmentida gozó de bienestar toda la vida,

llegar sintiendo la implacable muerte,
a sus hijos llamó, y con voz entera
y amantes les habló de esta manera:

“Hijos, nunca vendáis la pobre tierra
que heredé de mi padre, y un tesoro
oculta, aunque no sé donde lo encierra.
Trabajad por hallarle, yo os lo imploro;
trabajad a destajo,
que tal premio merece tal trabajo;
moved todo el terreno
quitadle las malezas;
rompa el arado de la tierra el seno,
y al cabo serán vuestras las riquezas.”

Muerto ya el labrador, seguir quisieron
el paternal consejo; mas no vieron
los hijos el tesoro que soñaban:
en cambio del trabajo como fruto,
abundante cosecha aseguraban,
que pródiga la tierra dió en tributo

No fué necia invención del pobre viejo:
el tesoro existía;
y hoy sus hijos bendicen el consejo
que para descubrirlo les dió un día.

**Los tesoros, ¡oh niños! de aquí abajo,
la honradez los conquista y el trabajo.**

M. Ossorio y Bernard.

El trabajo

Cuando el Sol muestra por la mañana
dorados rayos, tintas de grana,
marcha el labriego tras de su arado
labrando el campo de su cuidado.

A él se consagra y él le sostiene,
y cuando obscura la noche viene,
feliz y alegre con su existencia,
disfruta el sueño de la inocencia.

Al hombre impuesto le fué el trabajo:
quien como bueno cumple aquí abajo
aquel precepto puro y divino
y el fin persigue de su destino,
cansado el cuerpo, ligera el alma,
se entrega al sueño con santa calma.

M. Ossorio y Bernard.

Estudia

Es puerta de la luz un libro abierto;
entra por ella, niño, y de seguro
que para ti serán en lo futuro
Dios más visible, su poder más cierto.

El ignorante vive en el desierto
donde es el agua poca, el aire impuro;
un grano le detiene el pie inseguro;
camina tropezando, ¡vive muerto!

En ese de tu edad Abril florido,
recibe el corazón las impresiones
como la cera el toque de las manos.

Estudia, y no serás cuando crecido,
ni el juguete vulgar de las pasiones,
ni el esclavo servil de los tiranos.

E. C. Pompa.



